

# EL CONOCIMIENTO DEL PASADO

*Alberto González Troyano*

El crecimiento económico y demográfico, no siempre armónico, que se ha producido en Algeciras en los últimos treinta años, junto a algunos elementos positivos, ha tenido la contrapartida de una cierta pérdida de su conciencia de pueblo, de comunidad enraizada en una historia y en unas tradiciones compartidas.

El pasado no tiene que ser punto de referencia al que deba aludirse siempre con nostalgia, ni tiene obligatoriamente que encerrar claves o estímulos para encarar mejor el presente. Pero ante la oleada de uniformidad en gustos y la homogeneización de actitudes que la sociedad actual impone cada día, puede resultar necesario recuperar el conocimiento de los años que nos han precedido, con el fin de extraer de ellos rasgos y recuerdos que nos ayuden a cultivar y mantener lo peculiar, lo específico y diferente de nuestro patrimonio cultural.

Algeciras tiene un pasado algo anómalo, con vaivenes históricos muy extremados. Incluso durante siglos la ciudad parecía como perdida

y ello ha podido provocar que la memoria colectiva de sus habitantes sea algo relativamente reciente. De todos modos, durante los siglos XVIII, XIX y parte del XX, la ciudad asiste a su recuperación a un ritmo que le permite adueñarse de una imagen propia. Su crecimiento, pausado y administrado por los propios algecireños, permitía que de una generación a otra, de unos vecinos a otros, se traspasasen los recuerdos, los hábitos, gustos y ritos que constituían su idiosincrasia. Surgió así una Algeciras con una forma de ser y un patriotismo cultural y antropológico muy *diferenciado*, producto de su especial situación geográfica, de la presencia que en ella se daban de elementos andaluces teñidos tangencialmente por las proximidades del otro continente y del pequeño pero influyente enclave inglés. Un conglomerado social variopinto que extraía sus beneficios del tránsito fronterizo, del comercio, pero también de la tierra y del mar, había sedimentado una visión del mundo y una forma de actuar que desbordaba lo andaluz -sin renunciar a ninguno de sus rasgos-

asumía al mismo tiempo un cosmopolitismo muy peculiar.

Pero ese equilibrio, resultante de la conjunción de fuerzas tan dispares, ha podido quedar arrasado por esa expansión artificial impulsada teniendo en cuenta preferentemente sólo motivos de rentabilidad económica, planificada y orientada desde lejanos centros de poder. Muchas veces las peores secuelas de ese proceso no son que la ciudad pierda unos contornos y la imagen de un paisaje urbano que le era entrañable, puede resultar aún socialmente más traumático que entre los nuevos y los viejos habitantes se pierda la comunicación y el intercambio de los hábitos, de esos usos, de esa mentalidad específicamente algecireña que antes se transmitía pausada y casi inconscientemente entre familiares y vecinos.

Esta situación, incrementada por la tendencia hacia la uniformidad anodina en gustos y comportamientos que impone la vida actual -y que tan interesadamente es manipulada por el propio sistema social- puede



conducir a una ciudad indiferenciada, olvidada de sus raíces y de su patrimonio cultural, y expuesta a fundirse en esa atonía para la que parece expresamente escrito el verso del poema "Isla Verde" del último libro de Juan José Téllez: *Llora, Fabio, sus ruinas, mas éstas del progreso*."

Por todo ello no puede menos que ser acogido con todo tipo de satisfacciones el reciente libro de Martín Bueno Lozano "El renacer de Algeciras (a través de los viajeros)" publicado en la Colección "El Castillo de Jimena". Su minuciosa y hábil re-

copilación nos permite así tener a mano, bien conjuntados, los testimonios de muchos de aquellos que en distintos momentos se adentraron por las tierras de Algeciras. Esa forma de recuperar el pasado a través de la mirada -múltiple en épocas, diversa en sensibilidades- de los viajeros aparece cargada de posibilidades. Paradójicamente, el carácter mismo de una escritura espontánea, impresionista, no pensada muchas veces para la publicación, la convierte en piezas muy válidas, acumuladas una tras otra, para obtener esa visión plural que todo recorrido hacia atrás ne-

cesita. Encomiable labor pues la encerrada tras las páginas de este libro de Martín Bueno Lozano. Ojalá tanto la difusión del mismo, como su ejemplo de investigación, permita compensar de tanta apuesta por los efectos inmediatos. A través de esas páginas puede tomarse conciencia que para vivir sin ser un simple sujeto más, se hace necesario recordar, viajar al pasado y recuperar las raíces colectivas que nos han determinado; sólo así resulta posible *renacer* lúcido y liberado.